

Adiós, bonita

SL Lina

Image not found.

Capítulo 1

No entiendo por qué su cara se veía perpleja ante mi mirada recelosa, casi asustada.

“Adiós, bonita”, dos palabras que tuve que desglosar con cautela: su aliento se sentía extraño junto a mi oído esta noche, por la calle, justo frente al kiosco donde mi hermana solía comprar cigarrillos a escondidas. De cualquier forma, bajé la vista ante esa expresión de confusión y apuré el paso. Quizá con la ilusión de que ese fuera el primer y último desencuentro desapacible de la noche.

Me gustaba fantasear con esa idea, aún sabiendo que no sería así. Apenas eran las nueve, quedaba mucha noche por delante. Y, después de todo, ¿qué debía esperar al andar sola a esas horas?

Vi la pantalla del celular una vez más. Sólo habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había hecho, pero se sintieron como décadas hasta que llegó la primera persona a esperar el colectivo junto a mí.

Contesté un mensaje con un evasivo “Como quieran”, mis amigas creían que podría ser una buena idea ir a bailar en colectivo. Todos los chicos lo hacían, ¿o no? Era un poco peligroso, éramos conscientes de eso. Pero solo había auto en una de las casas, y a la madre de mi amiga le daba miedo sacarlo sola y de noche. Éramos cuatro chicas, podíamos en cambio pedir un remís, un taxi, inclusive un auto a una de esas aplicaciones que tan de moda estaban.

El problema era que la semana anterior la agencia de remises “de confianza” no había dado respuestas cuando mi prima había denunciado que uno de sus choferes se había desviado del recorrido hasta una zona descampada. Tras haber trabado las puertas del auto, la había acosado verbalmente durante veinte tortuosos minutos, para finalmente abandonarla por algún lugar del camino. Aunque, ella lo había provocado: una chica sola, tan simpática y predispuesta. Cualquiera hubiera pensado lo mismo, ¿verdad que sí?

Al bajar del colectivo comenzó una cuenta regresiva, similar a la de una bomba con reloj. Tres cuadras, tres minutos en el mejor de los casos. ¿El mejor?

Caminaba rápido, decidida a llegar. Cada metro se volvía un pequeño triunfo, una pizca de esperanza ante la cual no podía menguar. Treinta segundos como mucho, ya habían empezado los silbidos. Consideré cruzar la calle y seguir por la vereda de enfrente, pero allí la luz era demasiado tenue y los ojos, que aún veo por todas partes, parecían refulgir; con esa luz oscura, casi malvada, que se llevaba cada recoveco de mi imagen. Se

la guardaba para sí y me dejaba a cambio una sensación desagradable de desprotección.

Rodeé a un grupo de hombres que charlaban en la vereda. Charlaban y me miraban. Y gritaban. Y se reían, me volvían a mirar. Con lujuria, con hambre de posesión. Me obligué a bajar la vista, sintiendo que nunca iba a tener la fuerza suficiente para hacerles frente. Ni siquiera mis manos parecían suficientes para bajar más la campera, aunque fuera sólo unos centímetros, bajo esa cadera que ya no sentía mía; ellos me habían dicho que les pertenecía. ¿Qué no eran mis dueños ya?

Recuerdo que cuando llegué me sorprendiste con un abrazo cálido, de esos que te encantaban dar. No tenía idea de que volvías a Buenos Aires, hacía tanto no te veía.

Quizá ese fue mi error. Quizá la euforia me distrajo de los consejos que mi madre me hacía repetir, una y otra vez, antes de salir a cualquier lado. "Siempre juntas". "No acepten nada de otro vaso". "Cualquier cosa me llamás". Todavía me reconozco culpable, fallé en todas esas advertencias.

Pero, mientras hacíamos la fila para entrar al boliche, todo parecía tan ajeno, tan inverosímil. Éramos tantas que hasta te olvidabas lo corta que estaba tu pollera, lo escotada que era la remera que tenías puesta o si el maquillaje se veía exagerado. Hasta que entramos, claro.

Fuimos directo al baño, y al menos cuatro manos hurgaron bajo mi ropa en distintas partes del cuerpo. Empecé a creer que había sido una pésima idea salir esa noche, exactamente como había creído las veces anteriores. Pero desviaste mi atención hacia la entrada que nos habían dado; que no habíamos pagado y que, además, tenía una consumición de alcohol gratis. Para nosotras y para todas las chicas que estaban ahí afuera, esperando para entrar al boliche. Algunas a pasar un buen rato, otras directo a su ruina. ¿Demasiado rebuscado plantearse quién era el consumidor y quién el objeto de consumo en esa situación?

Ya hacía media hora que no te encontraba cuando verdaderamente me empecé a asustar. La humillación y el odio que sentía por todas las manos osadas que se filtraban bajo mi ropa, los comentarios que resonaban en mis oídos por arriba de la música, ya todo parecía mínimo ante el hecho de no ubicarte. Porque sabía todo lo que eso podía significar.

Y, efectivamente, lo que significó.

No tenía idea de quién era el chico con el que te habías alejado tan sólo unos metros. No recordaba del todo su rostro, ni siquiera sabía su nombre. Te juro que sólo quería darte espacio, aunque fuera por unos

minutos.

A él también se le escapaban detalles. El primero, la cantidad de alcohol que ya habías consumido esa noche. El segundo, tenías problemas respiratorios desde los tres años y estabas medicada. El tercero se deduce: la benzodiazepina con la que intentó drogarte combinada con tu medicación recetada y tal cantidad de alcohol te generó una arritmia, que dio paso a un ataque cardíaco.

Tu cuerpo apareció al costado del autopista, a casi veinte kilómetros de distancia. Los médicos creen que el paro cardíaco todavía no había sido fulminante cuando te dejaron ahí. Tenías moretones en casi todo el cuerpo, y sangre en gran parte de la pollera blanca, esa que tanto te gustaba. Sé que te fuiste peleando, lo sé.

¿Cuántos segundos tarde llegué a la puerta? ¿Por qué nadie llamó a la policía? Si estabas tan indefensa, tan abatida, con tus ojos, desolados y fríos, fijos en la luna.

Aunque sé que es en vano, hoy elijo despedirme y salir a contar tu historia.

Porque te quise libre. Porque te quiero viva. Pero sé que eso ya sería demasiado querer.

Adiós, bonita.

Viernes 8 de marzo del 2019. Alejandra le dejó un mensaje a su mejor amiga Eva, fallecida el 17 de diciembre del 2018, para emprender rumbo a Congreso y formar parte de la marcha.